

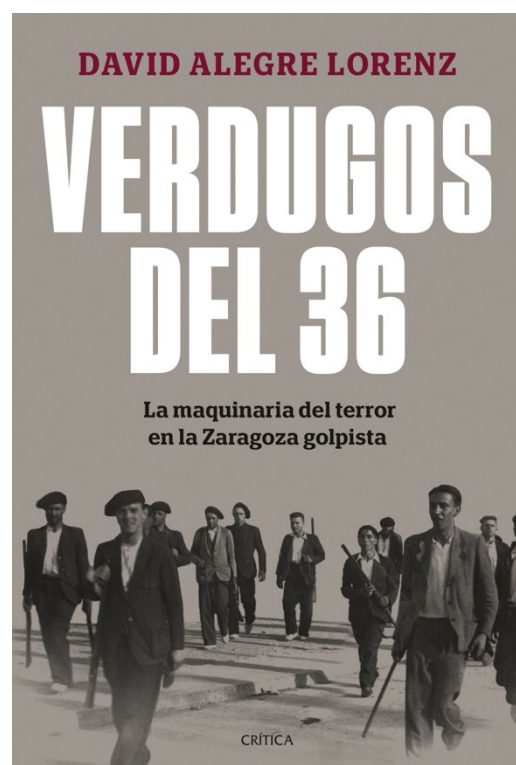
David ALEGRE LORENZ: *Verdugos del 36:*
La maquinaria del terror en la Zaragoza golpista,
 Barcelona, Crítica, 2025, 634 pp., ISBN: 978-84-9199-794-8.

Adrián Pericet Caro
 Universidad de Córdoba

Perpetradores en contexto: genealogías, redes y ecosistemas del terror en la Zaragoza del 36

La obra de David Alegre Lorenz constituye una aportación capital para el estudio de la violencia desencadenada por los sublevados en 1936. No sólo por la magnitud y la profundidad de su análisis, sino porque este libro impulsa un necesario giro historiográfico: aunque los perpetradores han estado presentes en numerosos estudios de forma más o menos directa, hacía falta una investigación que los situara como objeto privilegiado de análisis, entendiendo que sólo a través de sus trayectorias, redes, prácticas y decisiones es posible alumbrar plenamente las lógicas de la violencia. *Verdugos del 36* no rellena un vacío absoluto, pero sí responde a una carencia estructural: la ausencia de un estudio sistemático, riguroso y documentado que reconstruya a esos hombres concretos (militares, policías, falangistas, civiles influyentes como empresarios, etc.) que ejecutaron, organizaron o facilitaron la aniquilación del enemigo. Si en los últimos cuarenta y cinco años la historiografía española ha avanzado en la comprensión de las víctimas, de las dinámicas represivas y de los apoyos sociales del régimen, este libro da un paso más allá: desplaza el foco, con valentía y solvencia, hacia quienes hicieron posible la violencia. Con ello, abre definitivamente la veda para una lectura más completa y compleja de las violencias desatadas después del 18 de julio de 1936 en España.

El punto de partida de Alegre es profundamente revelador. En la introducción explica cómo, al entrevistar a personas cuyo entorno había estado marcado por la violencia sublevada, muchos hablaban de los perpetradores como de seres casi mitológicos y difícilmente identificables. No se recordaban nombres ni trayectorias; sólo sombras,



apodos. A esa nebulosa, que contrasta con la presencia constante de militares, guardias civiles o falangistas en los expedientes, responde una de las motivaciones del libro: nombrar a los perpetradores, reconstruir sus vidas, sus genealogías, entender sus redes, sus motivaciones, sus pensamientos, sus cosmovisiones y su papel en la arquitectura de la violencia. Pero la aportación de Alegre va aún más allá, y aquí reside una de las grandes novedades de su enfoque: no se limita a describir ni a identificar a los ejecutores, sino que penetra en las relaciones que mantuvieron entre sí, en las complicidades personales que fundamentaron decisiones, en los afectos y las lealtades que los unieron desde antes del golpe. Examina, con gran sutileza, sus personalidades y rasgos de carácter, la forma en que ciertas experiencias vitales —la participación en la guerra colonial de Marruecos, la militancia contrarrevolucionaria, etc.— moldearon sus percepciones del mundo y sus reacciones ante el colapso del orden republicano. Estudia cómo la posición social, los negocios, la religiosidad, los matrimonios o el prestigio local influyeron en su acceso al poder y en su predisposición a ejercer la violencia.

Alegre realiza, en esta dirección, un trabajo profundo que no se había desarrollado de forma tan sistemática en la historiografía española sobre los perpetradores. Otros investigadores habían señalado la existencia de cadenas de mando, habían intuido alianzas o habían destacado la función de determinados mandos. Se conocían, sobre todo, a los perpetradores del escalón más elevado de la cadena. Pero *Verdugos del 36* da un paso decisivo al estudiar de manera integral los tres niveles de la maquinaria represiva —los arquitectos, los intermediarios y los ejecutores directos—, tratándolos como sujetos históricos complejos, dotados de biografías densas, aspiraciones y miedos, contradicciones internas y trayectorias de larga duración que permiten comprender, en toda su profundidad, por qué actuaron como lo hicieron durante la guerra y más allá de esta.

El trabajo de archivo desplegado en el libro es de una calidad y exhaustividad realmente notables. Alegre ha explotado con solvencia una variedad de fondos considerable (archivos provinciales, militares, judiciales, estatales, de la Guardia Civil y del Ministerio del Interior), además de realizar un análisis hemerográfico especialmente incisivo. La forma en que articula y entrecruza esta documentación demuestra una pericia heurística extraordinaria. La densidad de fuentes, su tratamiento crítico y la capacidad del autor para enlazar datos dispersos hacen de este libro un modelo de investigación avanzada. A ello se suma un conocimiento exhaustivo tanto de la historiografía española como de los debates internacionales sobre la violencia y los perpetradores. Pero quizá lo más relevante es que, a través de esta investigación, Alegre demuestra que es posible seguir el rastro de los perpetradores, identificar sus trayectorias, reconstruir sus vínculos y comprender sus decisiones con una precisión inédita. En otras palabras, muestra que ahora es viable estudiar a estas figuras con una profundidad y una sistematicidad que hasta hace poco parecían inalcanzables. La obra, por su ambición y sus resultados, invita incluso a pensar en futuros estudios sobre Teruel y Huesca, territorios

cuyo análisis detallado —como sugiere el propio autor— podría deparar un conocimiento mucho más fino de lo que ocurre en contextos locales y rurales, en pueblos donde las dinámicas de poder, las sociabilidades y las violencias adquieren matices propios. Avanzar en esa línea no sólo enriquecería la comprensión de las retaguardias aragonesas, sino que permitiría redondear y afinar las comparaciones entre distintos espacios sublevados, ofreciendo un cuadro más completo de cómo operaron las políticas eliminacionistas en los ámbitos urbanos y rurales, grandes y pequeños.

Sin embargo, la fuerza del libro no reside únicamente en las fuentes. Reside ante todo en su concepción historiográfica: inserta a los perpetradores en un escenario más amplio donde cobran sentido; reconstruye el ecosistema del terror; desentraña el organigrama, las alianzas, las fricciones internas y la cadena de mando que hicieron posible las políticas eliminacionistas en Aragón. Lo más sugerente es que ese ecosistema zaragozano, lejos de ser una anomalía, se corresponde de manera muy precisa con lo que conocemos en otras geografías de la España sublevada en cuanto a los perfiles biográficos, las redes de sociabilidad, la captura de agencias estatales, la coordinación entre militares, policías y civiles de orden y la lógica de las cadenas de mando. Lo que Alegre documenta para Zaragoza responde casi punto por punto a los patrones observados en Sevilla y Córdoba, donde las dinámicas, maniobras y lógicas de actuación fueron ampliamente similares.

La primera parte del libro presenta a los cabecillas militares y civiles implicados en el golpe en Aragón. Alegre reconstruye sus trayectorias previas, sus redes de sociabilidad, sus experiencias profesionales y cómo estas condicionaron sus actuaciones posteriores. Se entrelazan escalas con notable maestría: la Zaragoza local, la política nacional y las conexiones con redes ultraderechistas europeas o con el regeneracionismo autoritario del primer tercio del siglo XX.

Lo que muestra esta primera parte, como indicaba, resulta familiar para quienes estudiamos provincias como Sevilla o Córdoba. La presencia de militares retirados, depurados en 1931 por el decreto Azaña, que se organizaron políticamente, conspiraron y crearon estructuras parapoliciales reproduce exactamente los patrones observados en la Andalucía occidental. Lo mismo ocurre con la Policía y con la Guardia Civil derechizada, que boicoteó desde dentro a la República, concedía tratos de favor a los falangistas, maltrataba a agentes afines a la izquierda y operaba, en realidad, como una agencia capturada por los sectores reaccionarios. El propio gobernador civil, desbordado, se apoyaba en civiles de orden para ejercer funciones que correspondían a las instituciones oficiales, pervirtiendo la autonomía de las agencias estatales mucho antes del golpe. Todo ello recuerda, punto por punto, las maniobras observadas en Córdoba y Sevilla durante los meses e incluso años previos al 18 de julio de 1936.

Alegre muestra con particular lucidez que la radicalización que culminó en el golpe no fue un fenómeno súbito ni estrictamente producido en el periodo republicano.

Este constituye, a mi parecer, uno de los hilos interpretativos más sugerentes del libro. Aunque dicha radicalización se aceleró de forma evidente a partir de 1934, venía gestándose desde mucho antes. La dictadura de Primo de Rivera desempeñó un papel fundamental: un periodo con frecuencia relegado en los análisis del golpe, pero decisivo para comprender la desliberalización de amplios sectores sociales y la politización autoritaria de quienes en 1936 ocuparían posiciones clave en la conspiración y en la posterior violencia. Bajo el régimen primorriverista, militares, guardias civiles, profesionales acomodados y élites locales experimentaron formas de orden, jerarquía y control social que dejarían una huella profunda en sus imaginarios políticos.

Durante la Segunda República, este proceso se reactivó y se intensificó. Las cofradías religiosas, los casinos conservadores, los círculos católicos y otros espacios de sociabilidad de derechas funcionaron como lugares de encuentro donde se reforzaron diagnósticos catastrofistas, se articularon redes de amistad y confianza, y se consolidaron compromisos compartidos en defensa del orden tradicional. Ese mundo de relaciones personales —en apariencia menor— constituyó el humus en que, llegado el momento decisivo, germinaron adhesiones firmes al golpe y legitimó la violencia como vía para restaurar la autoridad.

Alegre consigue así conectar con gran coherencia la erosión de la cultura política liberal en la década de 1920, la radicalización contrarrevolucionaria de los años treinta y la participación de estos actores en la maquinaria del terror tras el 18 de julio. Es un enfoque que, además, dialoga perfectamente con lo observado en la Andalucía occidental: en Sevilla y Córdoba encontramos dinámicas prácticamente idénticas de desliberalización temprana, sociabilidad católica movilizadora y articulación de élites contrarrevolucionarias que, desde mucho antes del golpe, estaban ya preparadas —ideológica y emocionalmente— para abrazar soluciones autoritarias.

La segunda parte del libro analiza con minuciosidad los días decisivos del golpe en Zaragoza. Familias, trayectorias personales, sociabilidades locales y vínculos previos pesan tanto como los rangos formales a la hora de explicar apoyos y decisiones. La figura de Julián Lasierra es paradigmática. Su rápida asunción del Gobierno Civil y su protagonismo en la violencia no se entienden sin su experiencia previa ni sin un trasfondo biográfico y familiar que lo situaba desde mucho antes en el imaginario del orden autoritario. La militarización de la vida pública colocó en posiciones estratégicas a hombres con larga experiencia represiva: guardias civiles curtidos en conflictos obreros desde los años diez, oficiales retirados que habían combinado negocios, política y conspiración. Perfiles como el de José Derqui reproducen punto por punto los observados en Córdoba y Sevilla: un militar depurado y un empresario bien conectado, activo en Renovación Española, que sería imprescindible en los jurados mixtos y, tras el golpe, un engranaje central del nuevo aparato policial.

Alegre muestra que estos mandos no actuaban en un vacío: participaban en actos públicos, se movían en círculos contrarrevolucionarios, compartían diagnósticos catastróficos y leían la crisis republicana a través de modelos autoritarios externos, como evidencian las referencias a Abisinia o al fascismo italiano. Incluso elementos aparentemente menores —como el peso social del Real Zaragoza— permiten observar dinámicas similares a las del fútbol cordobés y sevillano, donde estas instituciones funcionaron como espacios de sociabilidad y legitimación pública de las derechas reaccionarias.

La tercera parte del libro aborda la consolidación del poder golpista y la aceleración de las políticas de exterminio. Alegre muestra cómo la V División Orgánica no sólo debía controlar Zaragoza, sino también asegurar los pueblos del entorno mediante el despliegue de columnas militares y la activación de la Guardia Civil local, un patrón que recuerda vivamente a las dinámicas en la Andalucía occidental. La clave es el 9 de agosto, cuando Mola visita Zaragoza en un viaje fugaz pero decisivo: a partir de ese momento dejan de instruirse sumarios, se centralizan las ejecuciones en la capital, se sistematizan las estrategias de ocultación y la violencia experimenta un aumento exponencial. Alegre reconstruye con precisión cómo esa visita —motivada por la ansiedad, el desbordamiento y la necesidad de reforzar la moral golpista— marcó el paso de una violencia chapucera e improvisada a una maquinaria eliminacionista organizada, coordinada y cada vez más profesionalizada bajo la dirección de José Derqui.

El autor insiste en que la brutalidad de este proceso no puede explicarse por venganzas individuales o grupos incontrolados. Al contrario, se debió a la existencia de órdenes claras, una cadena de mando coherente y una compleja maquinaria criminal integrada por múltiples agencias: el Ejército, la Guardia Civil, la Falange, la Delegación de Orden Público y las autoridades provinciales. A mediados de agosto, la violencia se racionalizó: las milicias falangistas asumieron las ejecuciones mientras los militares se concentraban en el avance hacia Madrid. La llegada de Miguel Ponte —figura clave también en Sevilla durante la posguerra— consolidó el «nuevo orden» aragonés y reforzó la coordinación con el mando sublevado.

La cuarta parte del libro es, quizá, la más impactante. Alegre escribe aquí una verdadera historia de 1936 «tirando del hilo» hasta el siglo XIX. Presta atención a las genealogías familiares, las redes de sociabilidad ultraderechista surgidas durante la dictadura de Primo de Rivera, los militantes desliberalizados y radicalizados en los años veinte y treinta. Este recorrido largo permite comprender por qué determinados perfiles fueron especialmente proclives a asumir tareas eliminacionistas.

La reconstrucción de las Brigadas de la Muerte y la figura de Santiago Tena Ferrer muestra cómo se formaron camaraderías internas, ritos de iniciación violentos y vínculos de masculinidad radicalizada. La historia del abogado Julio Alcalá Royo —un perfil casi idéntico a los perpetradores jurídico-militares que encontramos en Córdoba— es especialmente iluminador: defensor en sumarios durante el día, ejecutor por la noche,

beneficiado económicamente por los procedimientos militares de posguerra, repudiado por sus propias élites sociales. Su doble vida, sus excesos y su ascenso truncado simbolizan la manera en que el régimen utilizó, instrumentalizó y luego marginó a algunos ejecutores materiales.

Las conclusiones del libro son poderosas. El golpe del 18 de julio fracasó en su objetivo principal —tomar Madrid en días— y ese fracaso generó ansiedad, miedo y sensación de desbordamiento entre los sublevados. Esa ansiedad explica la magnitud de la violencia. Pero Alegre va más allá: demuestra que la violencia sublevada en España anticipa lógicas eliminacionistas que luego operarían en otros fascismos europeos. Ni la Italia fascista ni la Alemania nazi habían emprendido, en 1936, campañas de exterminio masivo contra sus enemigos internos. España se convirtió, así, en un laboratorio temprano donde se ensayaron prácticas que luego se verían, agravadas, en la Europa ocupada durante la Segunda Guerra Mundial.

Este libro no solo ilumina la violencia: explica cómo se fabrica. Y ahí reside su gran aportación historiográfica. Alegre desentraña genealogías familiares, trayectorias profesionales, redes de sociabilidad, experiencias de combate, intereses económicos, ambiciones personales y culturas políticas. Muestra cómo las agencias —Ejército, Guardia Civil, Policía, Gobierno Civil, Falange, milicias— cooperaron y compitieron por lealtad, poder y botín. *Verdugos del 36* es, en definitiva, una obra imprescindible que llama a un debate público e historiográfico que no puede posponerse. Ya no basta con estudiar las víctimas; es necesario comprender aún mejor a los perpetradores. Este libro ofrece las herramientas conceptuales, metodológicas y documentales para ello. Y, al hacerlo, ilumina no sólo lo ocurrido en Zaragoza, sino también lo que pudo ocurrir en otros muchos rincones de la España del 36. Esta obra, sin duda, está llamada a marcar un antes y un después en el estudio de la violencia sublevada.